

EL ANARQUISMO CIENTÍFICO*

Luis F. Bustamante

DEDICATORIA

A las chusmas bárbaras del bárbaro Siglo XX.

Los gobiernos actuales serán abolidos, a fin de que la libertad, la igualdad y la fraternidad no sean por más tiempo vanas palabras.

Pedro Kropotkin.

He aquí un libro Internacional.

Cosmopólita.

Nació en México.

Como pudo ser su génesis en Pekín, New York o Sidney.

Y de este libro que es:

Ateo,

Materialista,

Antimilitarista y

Antinacionalista.

Pocos serán sus lectores.

Y entre las ideas avanzadas de este libro y la barbarie actual, cabe la cabeza de un alfiler.

Los unos burgueses,

Los otros idealistas, espiritualistas, mesaistas o alucinados;

Aquellos admiradores de la fuerza bruta, confraternadotes de la entente armada o sencillamente tiranuelos en germen;

Y los patrioterros (no patriotas), habrán de no comulgar con mis ideas que son:

El Verbo Verdad,

El Verbo Amor,

El Verbo Único.

Más no importa.

Porque como Nietzsche, no escribo para la generación Zulúe de hoy.

Escribo para la progresista de pasado mañana.

Y el pueblo bárbaro me escarnecerá, pero la posteridad enmendará su error.

Luis F. Bustamante.
San Luis Potosí, agosto de 1916.

* Digitalización: KCL. El KCL decidió conjuntamente subir este libro a la página para conocer algunos puntos de vista diferentes a los de personas netamente anárquicos. La decisión o interpretación de lo que para cada uno es el anarquismo es particular, pero el sentimiento de libertad es general. La anarquía es sólo una y no se puede pervertir o desvirtuar, pero los anarquistas si. Nosotros no podemos decir quien es anarquista y quien no, solamente la propia anarquía puede hacernos ver esto.

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO I

EL ANARQUISMO ANTES DE LA ERA CRISTIANA

Para formarse una idea exacta de la tesis que desarrollará este trabajo, creo pertinente hacer una síntesis de la época anárquica que abarca entre las diversas épocas y razas a contar de la edad troglodita a la población de tres continentes por los hijos de Abraham, Sen, Cam y Jafet, hasta las pasadas civilizaciones asiática, helena y romana y la aparición de Hillel y Jesucristo, los dos más grandes anarquistas que registra la historia del mundo.

Al efecto seguiré un orden netamente cronológico.

A los trogloditas siguió la primera sociedad, que fue absolutamente doméstica.

Ahí privaba el poder autoritario del padre, el que atemperaba con su afecto.

En su larga vida veía multiplicarse su descendencia, constituyendo así una tribu de la que a su muerte el más viejo o el más autorizado venía a ser el jefe.

Estas tribus errantes o residiendo en lugares fijos no tenían leyes, jueces ni cárceles. Vivían, pues, en ANARQUÍA y vivían felices.

Inmediatamente después vinieron los primeros gobiernos, los que conocemos con el nombre de patriarcales.

Varias tribus se reunían bajo la jefatura de un hombre de acción a quien llamaban Patriarca, y él era su Rey, juez, sabio y Pontífice.

Las tribus eran propietarias en común del terreno que fecundaban, del ganado que procreaban, de las casas que construían y de los ricos vestidos y muebles que fabricaban.

De sus esquilmos una parte insignificante daban al Patriarca, formando este único el estado, y tácitamente vivían en la ANARQUÍA, sin tener zánganos (el ejército), que mantener, capitalistas que los explotaran, ni códigos (más tarde fabricados por los burgueses para hacerse justicia a su antojo), ni presidios que destruyesen su libertad y su salud.

Hojeando la historia universal, hasta aquí puede considerarse a la humanidad viviendo dichosa dentro de la ANARQUÍA; después empieza a distinguirse por países, por naciones con sus correspondientes gobiernos civiles, por hombres que se llaman Califas, Petrarcas, Cónsules, Reyes, Emperadores o Presidentes se les registra en las páginas de la historia el 99% de las veces como asesinos de los hombres y la justicia, y raras veces como buenos y humanitarios.

De ahí que la historia del mundo se reduzca a este triste hecho: una serie sin fin de guerras como consecuencia de la lucha incesante entre los de abajo que quieren sacudir el yugo, y los de arriba que los oprimen para vivir de ellos.

El primer grande hombre que encontramos a través de la historia que vamos siguiendo paso a paso, es Moisés, poeta, historiador, legislador y libertador.

Temiendo convertirse en tirano dio a sus israelitas un gobierno democrático-teocrático, cuyo único jefe lo era el mismo Dios.

Hizo que vivieran en la ANARQUÍA un pueblo tan numeroso que contaba con 6,000 hombres autos para la guerra, y puesto lo anterior en paragon con las tiranías oprobiosas que encontramos desde las Repúblicas griegas y los augustos hasta las edades media y contemporánea, observaremos que la abolición del gobierno civil es indispensable porque a través de 4680 años, o sea desde los primeros imperios y Repúblicas, desde Nino y Tatlé, hasta los gobiernos democráticos o parlamentarios de nuestros días, solo ha demostrado la burocracia la opresión del pobre por el rico, lo que demuestra que el bienestar que persigue la humanidad solo podrá encontrarse dentro de la ANARQUÍA.

Más tarde hallamos a Zoroastro, tratando de convertir a los persas del sabeísmo a una doctrina que tendía a hacer al hombre semejante a Dios, a la luz pura y ofreciendo al Rey y los sátrapas el ejemplo de los tiempos antiguos en que los hombres vivían en armonía, no eran esclavos, aborrecían la mentira, el hábito de contraer deudas, trataban bien a los animales y prescribían el libertinaje, profesando la monogamia.

Este sistema anárquico existe hoy en Cermah y el Indostaní, en los guebras que viven tranquilos, saludando con exclamaciones la salida del sol.

Posteriormente en Esparta hallamos a Licurgo, quien dio severas leyes haciendo existir la igualdad de bienes, los que estando equitativamente distribuidos entre los ciudadanos podían darlos; pero no venderlos. No existían monedas de oro ni de plata ni de hierro, estaba proscrito el lujo y los espartanos se reunían por clases en mesas comunes donde comían caldo, pan, vino y queso, vestían toscamente, hacían ejercicios de caza y las jóvenes luchaban desnudas.

Y Esparta dentro de este gobierno avanzado sojuzgó a Atenas la gloriosa.

En la Grecia antigua encontramos que los Efesios decretaron que el que quisiera dominar por su talento o por su virtud se fuese a otro lado.

Por su parte la mujer no se encontraba en el grado de esclavitud que hoy la tenemos, pues en las matronas de Lemnas por venganza de Venus muy a menudo asesinaban a sus maridos, y por su parte éstas robaban a las mujeres de Atenas que gozaban de tantas libertades que llegaban al libertinaje, pues cohabitaban con sus hijos y con sus hermanos.

Pitágoras creador de la escuela Itálica, la que partía del principio de que la idea es la única que hace posible la ciencia; predicaba la comunidad de bienes, el cumplimiento fiel de la palabra empeñada, socorrer al que experimentaba vicisitudes de fortuna, y en la amistad era tan apasionado como Damián y Pitias, y odiaba la tiranía.

Aristóteles por su parte solo admitió como bueno lo fraternal.

Epicuro estableció la felicidad en los goces, sin temor a los Dioses ni esperanza alguna en el más allá.

En cuanto a la cuestión agraria, es tan vieja que el año 472 la plebe romana pedía por medio de sus tribunos se le otorgase el derecho de poseer tierras en Roma.

Otro filósofo de pretérita edad, Confucio, moderó los salvajes instintos del pueblo chino con esta sabia doctrina: amar al prójimo como a uno mismo.

Y si en Roma en un principio fue estimada y honrada la pobreza, cuando de la democracia se llegó a la tiranía, ocurrió todo lo contrario.

Para moderar la avaricia de los caballeros y favorecer a la plebe, Tiberio Graco propuso que ningún rico poseyese más de 500 yugadas de tierra y 150 bueyes, distribuyéndose lo sobrante entre los pobres.

Como todo redentor Tiberio fue asesinado por los caballeros.

Su hermano Callo Graco corrió la misma suerte que su hermano, muriendo a manos del Cónsul Opimo.

El año 101 A. J. se registró en Roma la primera guerra social.

El 49 se repite y mientras Calígula lamentaba el pueblo no tuviese una sola cabeza para cortársela de un tajo, Bruto, al suicidarse, exclamaba:

-¡Oh, virtud, tú también sólo ere un sueño!-

Frase de Zenón el estoico, que ni en la virtud creía, solo en la ANARQUÍA.

CAPÍTULO II

HILLEL Y JESUCRISTO, ANARQUISTAS

Demostrando que la humanidad solo ha vivido dichosa dentro de las anárquicas tribus y gobiernos patriarcales, pues en cuanto se constituyeron los primeros Reinos, Imperios y Repúblicas los obres fueron siempre esclavos o vasallos, mientras los ricos se adueñaban del poder y vivían vida de holganza, veamos ahora lo que en bien de los proletarios intentaron los tres más grandes anarquistas que recuerda la humanidad: Hillel, San Juan Bautista y Jesucristo.

Ante la deprabada humanidad de aquella remota época el revolucionario Nazareno sentó esta admirable doctrina: la unidad de la familia humana y de aquí la obligación de amarse y protegerse mutuamente, sentado este anárquico principio: el que quiera ser el primero será siervo de los demás, con lo que sustituía la tiranía en la que son pocos los favorecidos y muchos los que padecen, con el gobierno en beneficio de todos, e insinuando que gobernar es un deber, no un privilegio de los hombres; y el antagonismo admirable contra lo que todas las doctrinas establecían, de la prominencia de algunos hombres sobre los demás y el distingo entre el que debe mandar y el que debe obedecer.

50 años antes de Jesucristo predicó doctrina y dijo aforismos de índole anárquica el filósofo asiático Hillel.

Y si no estuviese muy en alto la originalidad de Jesús podría asegurarse que aquél fue maestro de éste.

En efecto, en Hillel encontramos que soportó humildemente su pobreza: era dulce de carácter, hizo sistemática oposición a los hipócritas, a los sacerdotes y fariseos, y sus aforismos tienen gran semejanza a los de Jesús, de lo cual se deduce que éste indudablemente tuvo tocias de las doctrinas de aquél.

Otro anarquista contemporáneo a Jesús lo fue Judas el Gaulonita, quien asentó que se debe morir antes que dar a otro que no sea Dios, el título de amo.

En cuanto a Jesucristo, se mostraba un radical anarquista, según se observa por los siguientes aforismos:

□ No juzgues a los demás, si quieren no ser juzgados. Mucha mayor dicha es dar que recibir.

- Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja, que un rico se salve.
- No quieran amontonar tesoros para ustedes en la tierra, donde el orín y la polilla los consumen y donde los ladrones los desentierran y roban.
- ¿Qué cosa más insensata que acumular economías para heredar a quienes jamás se conocerán?
- Practiquen la comunidad de bienes, o véndanlos y repartan su producto entre los pobres.
- Los ricos se condenarán porque no dan su dinero a los pobres.

Pero lo que más distingue a Jesús, dice Renán, de los agitadores de su tiempo y de todos los siglos, es su perfecto idealismo.

Jesús tenía en nada al gobierno civil, el que le parecía simple y sencillamente un abuso.

A todo magistrado le juzgaba un enemigo de los hombres.

Y nunca tuvo la idea de sustituir al gobierno y a los ricos.

Y buen anarquista quiso confundir la riqueza y el poder; pero no apoderarse de ella.

Otro agitador de aquella época; pero de más acción y bríos que Jesús, según lo da a entender el historiador Josefo, lo fue Juan Bautista.

Proclamó la ANARQUÍA a orillas del mar Muerto, y el gobierno civil, que en todos los tiempos es y será siempre el mismo mientras exista, crucificó a Jesús y a petición de Salomé, Herodes le cortó la cabeza al Bautista.

Ambos, pues, tuvieron la forzada muerte de los rebeldes de acción.

CAPÍTULO III

LA REVOLUCIÓN FRANCESA

Ajustándome al orden cronológico que me he propuesto seguir, entre el gran intervalo que va de Jesucristo a la Revolución Francesa, que al sacudir a Europa entera trocando en gobiernos constitucionales lo que por espacio de siglos y siglos lo fueron absolutos, encontramos, en aquel sombrío período que abarcan el imperio, la época medieval, las cruzadas y la llamada edad moderna, a unos cuantos anarquistas: los padres de la Iglesia y los libertarios Voltaire, Rousseau, d’Alambert, Beaumarchais, la Harpe y Diderot proclamadores de los derechos de la gleba sobre la tierra y el gobierno.

En los padres de la Iglesia encontramos las siguientes anárquicas frases:

San Basilio: El rico es un ladrón.

San Jerónimo: La opulencia es siempre producto de un robo cometido por el propietario actual o por sus antepasados.

San Ambrosio: La Naturaleza ha establecido la comunidad, y la propiedad privada la usurpación.

San Clemente: En buena justicia todo debería pertenecer a todos. -La iniquidad ha hecho la propiedad privada.

San Juan Crisóstomo: El rico un bandido: sería mejor que todos los bienes fuesen comunes.

El mismo Santo: El día que desaparezcan los gobiernos civiles, la humanidad será feliz.

Ahora bien, a la muerte de Luis XV, época en que la corte francesa llegó al colmo de la podredumbre social y la situación económica del pueblo a su mayor grado de angustia, el pueblo había tenido tres fuentes donde abreviar las grandes verdades sociológicas que proclaman la igualdad en la humanidad: en los Padres de la Iglesia; en los economistas, quienes explicaban ya el origen de la riqueza al par que buscaban la forma de extraer dinero para sostener el lujo asiático de la corrompida nobleza, que mandaba secar las lagunas para que, por las noches, las ranas no molestasen sus oídos; y en los enciclopedistas.

Juan Jacobo en su Contrato Social afirmó: la propiedad es un robo.

Voltaire, de su retiro en Suiza fue recibido, a despecho de Luis XV con honores regios en París.

La gleba, andrajosa, miserable, exhausto el estómago; gracias a los tres elementos mencionados había despertado de su letargo de siglos, y perdida la fe en la divinidad de sus Reyes borrachos y lascivos, infiltrados en sus sentimientos el honor y la rebeldía, empezó a ser labor de zapa a aquella corte de poderosos degenerados.

El 5 de mayo de 1879 se inauguro en Versalles la apertura de los Estados Generales, con los cuales el Rey creyó resolver el problema comunista que pesaba sobre su testa; pero los Estados se trocaron en Asamblea Nacional autónoma, y ella fue el primer peldaño por donde subieron al patíbulo los Reyes y se formó una Constitución política, que había de bastar una centuria para darla a cada Nación europea.

Y fue en este supremo instante de la historia, donde reaparece el anarquista de Nazaret en la figura del radical Babeuf, proclamando la comunidad de bienes y familia.

El problema tal como lo planteó Babeuf, indica que indudablemente había leído a Rousseau: “El primer hombre que habiendo cercado una porción de terreno, se atrevió a decir: **esto es mío**, y encontró cándidos que lo creyeron, fue el verdadero fundador de la sociedad civil. -Cuántos crímenes, guerras, miserias, muertes y horrores hubiera ahorrado al género humano aquél que arrancando estacas, arruinando mugas y rellenando el foso, hubiera gritado a sus semejantes: ¡Cuidense de escuchar a ese impostor! Están perdidos si olvidan que los frutos son de todos y que la tierra es de nadie... La competencia y la rivalidad de una parte, la oposición de intereses y el siempre oculto deseo de sacar provecho a expensas de los demás, son por otra parte, el primer efecto de la propiedad... El rico ve sin piedad a esos desgraciados que el incesante trabajo abrumba y que apenas logran un pedazo de pan duro y negro que tan sólo servirá para prolongar su miseria. -No encuentro extraño que el benefició esté en razón inversa del trabajo, y que un holgachón voluptuoso y necio se nutra con el sudor de un millón de desheredados, extenuados de cansancio y abatidos por la necesidad... Fuera de la sociedad, el hombre aislado que no debe nada a nadie, tiene derecho a vivir según le plazca; pero dentro de ella, donde vive necesariamente a cuenta de otros él debe al trabajo el precio de su sostenimiento, y esto sin excepción alguna. El trabajo, es, pues, un deber ineludible para el hombre que vive en sociedad. Rico o pobre, poderoso o débil, todo ciudadano ocioso es un bribón... El soberano (la sociedad), no tiene derecho a tomar nada del bien de un particular ni del de muchos; peo puede, justificadamente, apoderarse del bien de todos, como se hizo en Esparta en tiempos de Licurgo, en vez de la abolición de las deudas decretado por Solón, que fue ilegítima...

También Babeuf debió haber leído el abate de Mably, que dijo:

“La propiedad nos divide en dos clases: ricos y pobres. La libertad que cree disfrutar todo europeo no es más que la facultad de poder romper su cadena para proporcionarse un nuevo amo. -La necesidad los convierte en esclavos, tanto más desgraciados, cuanto que ninguna ley les provee su subsistencia. “¿Es acaso gozar de razón pretender que todo hombre es libre en países donde el ciudadano emplea a otro ciudadano para avasallar, y le condena a los oficios más viles y duros que existen el mundo?” Escojan entre una revolución y la esclavitud; no hay término medio”.

Y lo que escribió Linguet:

“La avaricia y la pobreza han usurpado la tierra; de modo que hoy la posesión más legítima, más sagrada, tiene por causa la usurpación más escandalosa... Las leyes se han hecho para resguardar las propiedades; pero como se puede quitar más al holgado que al infeliz, ellas vienen a ser la salvaguarda concedida a los ricos contra los pobres. Es duro pensarlo; pero claramente se demuestra que las leyes, cualesquiera que sean, sirven para conspirar contra la parte más numerosa del género humano... La sociedad es producto de la violencia, y el derecho de propiedad el resultado de la usurpación... Se dice que el trabajador es libre, y he ahí precisamente su desgracia, porque él no depende de nadie, y nadie, absolutamente nadie, depende de él. Los jornaleros nacen, crecen, se educan para ser tributarios de la opulencia y sin producirle el menor gasto, como los faisanes que los ricos asesinan en sus cazaderos. ¡Triste ironía resulta decir que los obreros son libres y que ya no tienen amos, cuando tienen el más terrible e imperioso de los amos! ¡No están a las órdenes de un hombre en particular, sino a las de todos en general...! La insuficiencia misma de los jornales es razón para disminuirlos; y cuando más apremiado por la necesidad está el jornalero, más barato vende su trabajo... La opulencia del tico no es la fuente de vida para el mercenario. En este último el verdadero manantial que forma y sostiene al acaudalado. Se razona con aquel que pretendiera que un río alimente a los arroyos que forman su caudal de aguas, y no los arroyos los que alimenten al río”.

A su vez Fauchet preguntaba: ¿Quién es el facineroso que quisiera ver continuar el régimen odioso donde se cuentan por millones los miserables y por decenas los que nada hacen para poseerlo todo?

Y Potthey, en plena Convención asentaba: “Nosotros hemos destruido a los nobles y a los Capettos; pero nos queda aún una aristocracia por destruir: la de los ricos”.

Y Saint Just: “Obliguen a todo el mundo a hacer algo. ¿Qué derechos tienen en la patria los ociosos?”

O lo que es lo mismo, los burgueses, que rompieron todos los lazos que unían al hombre con los gobiernos feudales, patriarcales o idílicos para no tener más que un lazo que los uniera: el vil dinero, el interés solo.

Pero volvamos a Babeuf que, más explícito que Cristo, planteó así el problema:

“Encontrar un Estado, donde todo individuo con la menor fatiga, pueda gozar de la vida lo más cómodamente posible”.

Y continuaba:

“A la Revolución francesa corresponde poner en ejecución las concepciones de la filosofía que se habían conceptualizado antes como quiméricas. Nosotros hemos comenzado: acabemos. Sí nos detuviéramos en el sitio que nos encontramos, la humanidad no tendría por que guardarnos la menor gratitud. Para pasar de nuestro mal régimen al que yo defiendo, precisa:”

1. Reunir todas las riquezas actuales en manos de la República.
2. Haciendo que trabajen todos los ciudadanos válidos, según su capacidad y costumbres actuales.

3. Utilizar los esfuerzos aproximando a los que se ayudan mutuamente y dando una nueva dirección a los que son únicamente causa del estancamiento actual de las riquezas.
4. Reunir incesantemente en los depósitos públicos todas las producciones del suelo y de la industria.
5. Distribuir equitativamente las producciones y los pasatiempos.
6. Cegar la fuente de toda propiedad y de todo comercio particular, substituyéndola por una sabia distribución confiada a la autoridad pública.
7. Establecer casas comunales de educación donde cada ciudadano pueda acostumbrarse al trabajo que esté más en consonancia con sus fuerzas e inclinaciones.

Y Mermeix hace esta consideración:

“Gran parte de las ideas que se encuentran en el “Manifiesto Comunista” que los alemanes Marx y Engels debían lanzar al mundo cincuenta años más tarde, aparecen ya en el escrito del francés Babeuf”.

“¿Cuáles son los considerandos de ese dispositivo de la revolución babuvista? Se encuentran en el “Manifiesto de los Iguales” y en las cartas y artículos periodísticos del precursor del socialismo contemporáneo. Veamos el manifiesto:”

“Desde tiempo inmemorial se nos viene diciendo con hipocresía que los hombres son iguales, y desde tiempo inmemorial la desigualdad más envilecedora a la vez que monstruosa, pesa insolentemente sobre el género humano. Desde que existen sociedades humanas, la más sublime herencia del hombre es reconocida sin contradicción; pero no ha podido todavía realizarse una sola vez: la igualdad, que nunca ha sido más que una bella y estéril ficción de la ley. Hoy que la reclamamos con voz fuerte se nos grita: “¡Cállense, miserables! la igualdad no es sino quimera conténtense con la igualdad condicional. ¿No son todos iguales ante la ley? ¿Qué más quieren?... Legisladores, gobernantes, ricos, propietarios escuchen:”

“Todos somos iguales ¿no es esto? Pues bien: nosotros pretendemos en adelante morir y vivir iguales como hemos nacido; queremos la igualdad efectiva o la muerte. La revolución Francesa no es sino la precursora de otra revolución mucho más grande, mucho más solemne y que será la última. Necesitamos no sólo la igualdad transcrita en la Declaración de los Derechos del Hombre, sino que la queremos entre nosotros, bajo el techo de nuestros vivientes. La ley agraria o el reparto de los campos fue el voto espontáneo de algunos pueblos unidos por su instinto más bien que por su razón. Nosotros tendemos a algo más sublime y equitativo, “al bien común y a la comunidad de los bienes”. No más propiedad individual de las tierras. “La tierra no es de nadie”. Nosotros reclamamos, nosotros queremos el goce común de los frutos de la tierra: “los frutos son para todo el mundo...”. ¡Qué cese el gran escándalo de que un millón de individuos disponga de aquello que pertenece a más de veinte millones de semejantes suyos e iguales a ellos! ¡Desaparezcan, al fin irritantes distinciones de ricos y pobres, grandes y pequeños, amos y criados, gobernantes y gobernados!”

Y continúa Mermeix:

“Se creería leer un manifiesto contemporáneo, manifiesto anarquista tal vez, porque el autor del “Manifiesto de los iguales”, Sylvain Marechal, discípulo de Babeuf, anunciando la supresión de gobernantes y gobernados, traspasa el Colectivismo, para caer en la quimera de la comunidad anarquista. ¿Acaso la fórmula de Rousseau “La tierra no es de nadie y sus frutos son de todos”, no es el equivalente de la socialización de los medios de producción?”

Y Babeuf murió en el patíbulo, como todos los redentores de la humanidad; pero le siguieron el Azul Fournier que llamaba Armonía, a la sociedad regenerada según sus ideas, y que escribía cosas de un sabor tan sensitivo como éstas:

“La función del matarife es muy estimada en la Armonía (sociedad). Se quiere mucho a los animales y se debe estar muy obligado hacia aquéllos que tienen el valor de matarlos con todas las precauciones imaginables para evitarles sufrimientos y casi la idea de la muerte. La serie de jiferos armoniosos tiene a su cuidado lavar y perfumar el matadero. Se reúne en masa a los animales para que el grupo encargado de darles la muerte, los hiera simultáneamente”.

Y Fournier continuaba su sistema explicando la constitución de la Armonía en esta forma: en cada Falansterio (Villorrio, Ciudad), se reúnen las falanges formadas por series (gremios), cada uno de los cuales quedaría constituido por los ricos que llevarían sus caudales y los pobres su modesto óvolo: luego a trabajar.

Fournier ha pasado a la historia como un romántico anarquista; pero su semilla, sembrada en terreno sensiblero ha producido su fruto, como la de todos los libertarios.

Y por igual época encontramos a Saint Simón con muchos discípulos, que fueron los primeros, entre los modernos, que proclamaron la necesidad de abolir la herencia.

Finalmente, aquel ciclo anárquico que comienza con Babeuf, termina con un gran carácter: Louis Blanc, quien pensó resolver la Cuestión Social confiando la producción a grupos obreros comanditados por el Estado.

El Estado único productor, industrial, comercial, banquero.

Y todos ellos fracasaron.

Hasta que años después vino un anarquista moderado, el científico socialista Karl Marx a fundar un sistema científico, que al principio se creyó utópico, que hoy es en realidad, y que fue el primer esfuerzo práctico que conducirá a la abolición del Gobierno Civil.

De ahí que en el mundo sociológico tenga tanta importancia el socialismo de Karl Marx, a quien debo dedicar Capítulo aparte.

CAPÍTULO IV

EL SOCIALISMO CIENTÍFICO MARXIANO

En el campo del anarquismo la primera batalla la dieron las doctrinas cristianas.

Y aunque ateo, convengo en que obtuvieron un triunfo completo, tanto más admirable cuanto que fue hecho en forma pasiva, al contrario de los libertarios modernos, que han obtenido triunfos con discursos virulentos, paros que dejan sin pan, agua y luz por días y días a Ciudades enteras y en último extremo con minas de dinamita y bombas de nitroglicerina.

En el ciclo anárquico que vamos recorriendo, hemos llegado al momento histórico en que fue fijado el socialismo científico.

Jesucristo tuvo dos antecesores como hemos visto: Hillel y San Juan Bautista.

Adolfo Marx tuvo a los saintsimonianos y a Babeuf.

Y para mayor coincidencia con el Nazareno encontramos que si éste por contemporáneo a Judas el Gaulanita, Marx a su vez tuvo a Smith, quien inició al mismo tiempo que Marx las teorías prácticas socialistas, aunque que como Karl fuese más profundo y diera mayor amplitud al pensamiento en libros, periódicos y folletos, su nombre vaya ligado al socialismo de nuestros días y no el de Smith.

Según las doctrinas socialistas triunfantes de nuestra época, la humanidad se divide en dos grupos: el menor los poseyentes, que viven en la holganza y el mayor los no poseyentes que laboran para sí y para aquéllos, los zánganos de la colmena.

En la jerga de esta literatura, ambos grupos se distinguen con estos nombres: capitalistas y proletariados ciudadano y campesino, según que estos últimos sean obreros o agricultores.

A su vez los socialistas, anarquistas inconscientes, que justamente los llama Mermeix en su libro “El Socialismo”, proponen, se agitan y laboran:

Por la supresión del propietario de la tierra y del patrono industrial: parásitos de la producción.

Y la supresión del comerciante: parásito del consumo.

Los directores del socialismo, en el fondo anarquistas, han presentado al obrero solo una fase de la lucha social: la destrucción de la propiedad individual para obtener el mejoramiento de las clases trabajadoras.

Pero no han iniciado la abolición del gobierno civil, que persiguen los nihilistas, anarquistas, terroristas o libertarios, que todos esos nombres se les dan a los apóstoles de la libertad, por la misma razón que a un niño no se le enseña a leer con la Mantilla o una novela, sino con el Silabario de San Miguel.

Hoy el socialismo, en Europa y América, corazón y cerebro del mundo, respectivamente, ha triunfado en toda línea: con la jornada de ocho horas, el sindicalismo por gremios, la representación en las Cámaras, el derecho de huelga reconocido por los Gobiernos, los subsidios a viudas y huérfanos de obreros, el descanso dominical, las tarifas de salarios mínimos, etc.; y de ahí que ahora los directores del socialismo empiecen a proclamar la ANARAUÍA científica.

Porque mientras existan los Gobiernos Civiles, para el obrero, para el proletariado campesino no podrá conseguirse más que una parte de los anhelos de la humanidad desheredada.

Un mejoramiento; pero nada más.

Quedarán los zánganos, los que no hacen nada, los que no producen nada; pero que viven vida de holganza haciendo a los demás trabajar para ellos:

De ahí el nuevo oriente del socialismo anárquico.

Cuando escribí **Sabia Roja** ¿era yo socialista o anarquista?

Era lo último, libertario.

Pero entonces el socialismo se iniciaba apenas en mi región.

Hoy ha triunfado en toda línea con una revolución política.

Y los proletarios mexicanos han dado una demostración de poder al llevar a cabo el primer paro continental que registra la historia del mundo.

En el mes de Agosto de 1916 a las tres de la mañana se quedaban sin luz, tranvías, agua, etc., todas las Metrópolis del Continente Americano y Ciudades principales del mismo.

Pero los socialistas cada día van pidiendo más y más, más de lo que produce el mismo capital agrícola e industrial ¿por injusticia notoria?

No; porque es la “acción directa”, que nos llevará a la meta de la revolución social que los cerebros de los pensadores más grandes de América y Europa, desde sus bufetes, periódicos o tribunas dirigen hasta conseguir la abolición de los gobiernos civiles, para constituir el Estado único comercial, industrial, banquero y agrícola.

El Estado donde no haya zánganos, los ricos.

El Estado donde todos trabajen, porque es ley humana y cosmogónica.

Porque en el concierto mundial no hay materia inerte.

Por que todo debe producir.

Y al mismo tiempo se prive a la humanidad de lo que justamente César Cantú llama al hacer el juicio crítico de las postrimerías del siglo XVIII, “la creación de una de las calamidades modernas: la policía”.

Para que no haya guerras, no habiendo fronteras ni industria particular, factores únicos que las producen.

Y para que, en el concierto mundial, no habiendo dinero, no existiendo las ambiciones y vicios que él engendra, la criminalidad sea cero, y no se requieran por tanto presidios; viviendo la humanidad exclusivamente para el amor y para el trabajo.

Mas dejemos esta digresión para volver al socialismo científica marxiano, ayer utópico, hoy triunfante y escabel para obtener la abolición de los gobiernos civiles. Karl Marx al escribir su monumental obra “El Capital”, tuvo presente la tesis que sobre la naturaleza y la causa de las riquezas de las Naciones, explicó su contemporáneo Adam Smith en estos términos:

«”Un hombre es rico o pobre, según los medios que tiene para atender a las necesidades, comodidades y placeres de la vida. -Pero una vez establecida la división en todas las manifestaciones del trabajo, no hay más que una parte extremadamente pequeña, de todas aquellas cosas que un hombre puede proporcionarse con su trabajo; es el trabajo ajeno lo que ha de hacerle atender a la mayor parte de todos los goces; y así será rico o pobre, según la cantidad de trabajo que pueda encargar, que pueda adquirir mediante dinero”.

“El trabajo es, pues, la medida del valor cambiante de toda mercancía...”

“Todas las riquezas del mundo, en su origen, han sido compradas por el trabajo. Para los poseedores que buscan cambiarlas por nuevas producciones, su valor es equivalente a la cantidad de trabajo que aquél que ponen en estado de comprar o de encargar... Las cantidades de trabajo deben ser, en todo tiempo y lugar, de un mismo valor para el trabajador. En su estado habitual de salud, de fuerza, de actividad, y, según el grado de habilidad y destreza que puede reunir, precisa siempre que identifique una porción de su descanso, de su libertad y de su bienestar. Cualquiera que sea la cantidad de artículos que reciba en recompensa de su trabajo, el precio que pague será siempre el mismo. Con él puede adquirir mayor o menor cantidad de artículos; pero será el valor de éstos lo que cambia, no el del trabajo que compra. En todo tiempo y lugar, lo que es difícil obtener, aquello que cuesta mucho trabajo adquirir, es caro, y lo que puede adquirirse fácilmente o con poco trabajo, es barato. Así el

trabajo, no variando nunca en su propio valor, es la única medida real y definitiva que puede servir, en todo tiempo y lugar, para apreciar y comprar el valor de todas las mercancías. El trabajo, pues, es su precio real”».

Sobre esta teoría del valor (dice el citado Mermeix), fundó Karl Marx su vehemente requisitoria contra el capital y la sociedad capitalista.

Y agrega: “Decir que el trabajo es la única medida del valor, equivale a afirmar que la suma del trabajo incorporado a un objeto, absorbida por él, constituye su único valor; equivale a asegurar que no hay más valor que el trabajo; equivale a decir que fuera del trabajo no existe valor alguno. Y la consecuencia, por consiguiente, es ésta: siendo el trabajo único el valor, comunicando él, y nada más que él, valor a las cosas, dicho se está que toda apropiación de la riqueza hecha por manos que no son las del productor (del trabajador, más claramente dicho), es frustratoria, dolosa e ilegítima. -La expoliación y el robo se cometen incesantemente en la sociedad capitalista y son la única fuente del Capital, del cual dicen los economistas “que es un objeto colocado en reserva o una máquina destinada a facilitar la producción”.

Y el lector se preguntará ¿pero cómo fue hecha esa reserva?

Y el padre del socialismo científico se lo explicará: un hombre tomó a otro a jornal; éste le produjo un valor equivalente a su salario y una ganancia muchas veces superior al mísero jornal.

Aquel patrón fue acumulando el beneficio que le producía su ganapán y con él compró máquinas, que la producirle cien, doscientas veces más que el beneficio de su primitivo jornalero, vino a crear la reserva porque preguntaba el lector.

Pero ¿no ha sido un robo al jornalero, el que el patrón ha cometido apropiándose su trabajo?

Proudhon le responderá con esta brillante frase: “el obrero no puede nunca rescatar con su salario lo producido por él”.

Lo que es una verdad de a folio.

En los tiempos pretéritos el amo hacía trabajar a los esclavos, y deducida la manutención de ellos, el excedente lo aprovechaba en su beneficio.

Esto nadie podrá negarlo, porque si la esclavitud no hubiera producido a los amos, éstos no la habrían sostenido en los campos de batalla.

Y como no debe olvidarse que el valor es la suma del trabajo hecho, resulta que los amos de los esclavos eran unos ladrones, quienes vinieron haciendo esa reserva que, producto de un robo, debe volver a su origen: las masas trabajadoras que la produjeron.

Cuando el Imperio de Occidente no tuvo esclavos, pero tuvo siervos ¿los proletarios habían mejorado su existencia?

No; se había registrado solo un cambio de palabras.

Los siervos seguían obsequiando el valor de su trabajo al señor, quien vivía en la holganza con la jornada de trabajo que cada seis días hacían en su favor.

En los tiempos contemporáneos no existen ni los siervos ni los esclavos ¿es por eso que ha mejorado la condición de los trabajadores?

Tampoco, sólo ha habido un trueque de palabras.

Esclavos primero, siervos después, obreros hoy.

Al obrero se le roba en el taller, puesto que la mayor parte del valor que produce con su trabajo se lo apropia el amo.

En estos tiempos que se habla de libertades (sic), la esclavitud existe como en remotos tiempos, porque, dice Mermeix: “El asalariado moderno es un hombre que vende su fuerza de trabajo a otro, llamado patrón, y que recibe en cambio un valor inferior al que él ha producido. Como antaño el esclavo y el siervo, el asalariado de ogaño trabaja, parcialmente, en provecho de otro hombre que jamás lo ha hecho. El asalariado es, pues, explotado”.

Con el objeto de llevar el pan a su casa, el obrero moderno acude al taller, a la fábrica, a la finca del campo, y ahí se le da un salario por hacer con sus manos o con una máquina un trabajo que, al patrón, le produce sobre diez veces más de lo que, sin hacer nada, paga al obrero.

Y ojalá y siempre hubiera trabajo ¡esas máquinas!

He aquí lo que el socialista alemán Lassalle nos dice a este respecto:

“El trabajo es hoy una mercancía. Cuando abunda en el mercado, cuando muchos trabajadores van a llamar a la puerta de la fábrica, el aumento de la oferta envilece los salarios. El patrón en seguida los rebaja. Desciende la cifra necesaria a los gastos de manutención, y la miseria que acechaba invade las miserables viviendas, cebándose en sus moradores la mortandad. Pero esta mortandad rarifica la mercancía trabajo, y entonces vienen menos brazos a ofrecerse al fabricante, los salarios suben, y el patrón se ve obligado a subir los precios de éstos. Ya los obreros se encuentran en relativa abundancia, y se restablece el equilibrio en la población hasta que el aumento de aquélla multiplicando los brazos disponibles, provoca por nueva superabundancia de la oferta, otro envilecimiento de los salarios, y crea una nueva crisis de miseria”.

A esto Lassalle llama Ley del Bronce, sólo que se olvidó de agregar que cuando el salario aumenta, este recargo lo suma a su vez el industrial a su mercancía, la que pasando a manos del comerciante, que sin el menor esfuerzo aprovecha parte del trabajo del obrero, éste compra la mercancía que fabricó, a subidísimo precio con el detrimento natural de su jornal, mínima parte del valor que produjo.

Entre los burgueses el sistema de trabajo colectivo ha tomado carta de ciudadanía en todos los países.

Y esto en solo provecho del burgués.

Porque no es lo mismo el beneficio que produce un obrero al que rinden cincuenta, y esto sin contar con las máquinas, que no crean valor, porque son materia inerte, y que sin embargo rinden producto exclusivo para el amo.

El trabajo, aisladamente, es mejor remunerado que colectivamente, y de ahí este raciocinio de Proudhon:

«”En toda industria cuya ejecución reclama el concurso de numerosos trabajadores, existe un efecto de poder colectivo que los autores no pueden producir para que redunde gratuitamente en beneficio del empresario. -Se trata de saber si la suma de los salarios individuales pagados por aquél, equivale al efecto colectivo de que hablo”.

“El capitalista, se dice, ha pagado la jornada de los obreros a precio conveniente; por consiguiente no les debe nada. Para ser exactos, habría que decir que ha pagado tantas veces una jornada como obreros ha ocupado, lo

cual no es lo mismo. En efecto, esa fuerza inmensa que resulta de la unión de los trabajadores, de la convergencia y armonía de sus esfuerzos; esa economía de gastos alcanzada por su conformación en talleres; esa multiplicación del producto -prevista, es verdad, por el empresario; pero realizada merced de las fuerzas libres-, él no las ha pagado. Doscientos granaderos maniobran bajo la dirección de un Ingeniero han colocado el Obelisco sobre su base en pocas horas: ¿es posible que un solo hombre en doscientos días haga lo mismo? A juicio del capitalista la suma total de los salarios es lo mismo en ambos casos, y se adjudica el beneficio de la fuerza colectiva. Ahora bien: de dos cosas una: o hay por su parte extorsión, o el error le ciega”».

Pero el capital no se equivoca, ¡ca! lo que hace es aprovechar el esfuerzo colectivo, el beneficio del ingenio ajeno -las máquinas-, que para el inventor producen solamente los años que legislan las leyes para la patente y luego pasan al provecho de todos -los ricos, naturalmente, que son los únicos que pueden adquirirlas-, al fin de acumular riquezas.

CONCLUSIONES

El capital se aprovecha:

- Del trabajo ajeno.
- Del esfuerzo colectivo.
- De las invenciones de la ciencia.
- Del beneficio ingente de las máquinas.

Y todo para acumular riquezas que harán llevar vida de zánganos a los patrones; sumas que aprovechan para deshonorar a las hijas de sus trabajadores; degenerarse con el opio y las drogas inyectables y prostituir con su ejemplo de vagos elegantes a sus mismas familias.

De ahí que, éticamente hablando, sólo destruyendo a los parásitos de la producción (el capitalismo industrial y agrícola), y los parásitos del consumo (los comerciantes), el socialismo científico es como encuentra la forma sola de llegar a ver todo el planeta poblado por seres verdaderamente felices.

CAPÍTULO V

ANARQUISTAS CONTEMPORÁNEOS

Dejaremos por ahora la filosofía del socialismo y anarquismo científicos, para volvernos a ocupar de la historia de éste último.

He aquí lo que nos dice el célebre polizonte Gorón en sus Memorias de Jefe de la Policía de París, a propósito de la captura del anarquista Duval, primer terrorista que recuerda:

«”Tuve curiosidad de conocer a Duval y lo hice conducir a mi despacho un día que le habían llevado a la Seguridad”.

“Me llamo la atención la fisonomía extraña de aquel hombre. Aunque apenas tenía 55 años, Duval, con su cara fatigada, sus ojos vagos y sus bigotes caídos, parecía ser ya viejo. Se veía que había experimentado grandes padecimientos físicos”.

“Se sentó tranquilamente frente a mí, y al notar que clavaba en él mis miradas me dijo:”

“No me hará usted bajar los ojos; una anarquista nunca los baja ante un Comisario de Policía. Porque no soy un ladrón; los ladrones son los ricos. -La Naturaleza al crear al hombre, le da el derecho de existencia; si pues la sociedad no le proporciona con que subsistir al ser humano puede legalmente tomar lo que necesita ahí donde está lo superfluo. Esto es lo que yo he hecho. Cuando comparezca ante los Jurados, se convencerán pronto de que tienen en su presencia no a un malhechor sino a un anarquista que ha cometido por principio los supuestos crímenes que se le imputan. -(Duval había robado y herido a un Agente de la seguridad en los momentos en que le aprehendía)”.

“Por el estilo continuó esta entrevista que fue la única que tuve con Duval; pero si me abstuve de continuar la investigación judicial, no dejé de interesarme en ese asunto y asistí a la audiencia en que se juzgó a dicho procesado. -En ella fue donde se oyó “la primera afirmación audaz y pública” de la teoría de la propaganda por los hechos, y puede decirse que ese fue el punto final inicial de todo ese movimiento violento en que el asesinato de Sadi Carnot, fue a la vez el punto culminante y el fin”.

“El interrogatorio de Duval fue épico”.

“¿Por qué incendió usted la casa? pregunto el Presidente”.

“-No lo sé -contestó él acusado. -Tal vez Turqais creyó, y no se le censuro, hacer un acto de justicia social. Es el galeote del trabajo que incendia su presidio, es el soldado que quema su cuartel porque es un asilo de holgazanería. -Quisiera yo a la luz de las teas ver los palacios de los capitalistas, los cuarteles y los conventos formar un inmenso auto de fe...”».

Pero Gorón se equivoca, no obstante su autoridad en la materia, como jefe de detectives parisinos.

Pues antes que Duval hubo un Etievant, durante el segundo Imperio, atentó contra la vida de Napoleón el Pequeño he hizo idénticas afirmaciones.

Después encontramos a un Ravachol, que con robos se hizo del dinero necesario para castigar a los burgueses.

Pero aparece antes en Rusia esa pléyade que conocemos con el nombre de Joven Rusia Terrorista.

Y en Cataluña posteriormente encontramos a un gran número de anarquistas -avanzadas del socialismo científico-, que lo mismo hacían reventar bombas en España, que en París y la Argentina.

Pero eso en lo que se refiere a los anarquistas de acción.

Que en cuanto a los anarquistas contemporáneos de gabinete, es fácil fijar su génesis en el absoluto Imperio moscovita.

Ahí se les conoce con el nombre de nihilistas, sin que este vocablo haya sido creado para ellos, sino aplicado y hecho conocer mundialmente por el libertario ruso Iván Turgenev.

Veamos lo que sobre nihilismo, nos dice Sergio Krawchinski más conocido con el pseudónimo de Stepnik, en su libro “La Rusia Terrorista”.

«”El verdadero nihilismo fue un movimiento filosófico y literario que floreció en el decenio siguiente a la liberación de los siervos, es decir, entre 1860 y 1870. Hoy se ha extinguido por completo y sólo quedan de él

algunos vestigios que desaparecerán rápidamente pues con la vida febril de estos últimos años, en Rusia, un decenio puede considerarse como un período de 30 a 50 años”.

“El nihilismo fue una lucha por la emancipación de los hombres inteligentes sometidos a durísimo yugo, y esta lucha coincidió con la manumisión de los trabajadores esclavizados por los patrones”.

“Puede afirmarse que el principal fundamento del nihilismo, propiamente dicho, fue el individualismo absoluto. Equivalía a la negación en nombre de la libertad individual, de todas las obligaciones impuestas al individuo por la sociedad, la religión y la familia. El nihilismo fue una reacción poderosa y apasionada, no ya contra el despotismo político, sino contra la opresión moral, que pesa sobre la vida íntima y privada del individuo”». El éxito obtenido por aquella corriente filosófica, nos lo da a conocer Stepnik más adelante.

Volvió ateos a los ortodoxos rusos.

A la fecha, en Rusia, existe un curioso fenómeno.

Dentro de un gobierno despótico, una sociedad descreída, una sociedad de materialistas, desde los hombres de alta estofa hasta los infelices “mujiks”.

Igual triunfo obtuvo el nihilismo en la mujer.

Autonomió a ésta, y la que ayer era esclavo hoy goza de tantas libertades como el hombre.

Pues bien, este vocablo lanzado al mundo literario por Turgenev, fue dado a los anarquistas en despreciativa forma; pero recogido por ellos, lo aceptaron después con orgullo los propios vituperados.

Entre los nihilistas rusos han descollado el autor de “El Apoyo Mutuo” y “Un Siglo de Espera”, el príncipe Pedro Kropotkin, Stepnik, Iván Turgenev, el novelista de los libertarios, Jacobo Estefanovich, Valeriano Ossinsk, D. Clemens, Hesa Hoelfman, Vera Zassulich y Sofia Perovskaia, entre los que casi no ha habido nihilistas de acción; pues por lo general todos lo han sido de gabinete.

En España encontramos a Necker, Ferrer Guardia, el mártir de Montjuich, Sampeu y García.

Italia ha contado con un Malatesta y la Francia con la ilustre pléyade libertaria que escribe en Ruen un periódico anarquista.

Francia, además, ha tenido el primer dramaturgo anarquista Mirbau, quien estrenaba una obra de aquellas tendencias casi al mismo tiempo que Joaquín Dicenta llevaba a la escena su libertario drama “Juan José”.

La protagonista de Octavio Mirbau, fue desempeñada ante un público heterogéneo por Sara Bernarth, y al terminar el tercer acto, dice Eduardo Zamacois (que asistió a la “premier”), mientras las galerías gritaban:

-¡Abajo los burgueses! ¡Viva la Revolución Social!

Los de las lunetas vociferaban:

-¡Viva el Gobierno Civil! ¡Viva el Ejército!

La Argentina ha importado, no ha dado libertarios; pero en Estados Unidos ha florecido uno y notable: G. C. Clemens, quien en su libro “Elementos de la Anarquía” desarrolla esta tesis: “los gobiernos civiles previenen los delitos: robos, asesinatos, estupro, o los castigan. No los evitan, los castigan: luego queda demostrado que los gobiernos civiles no son útiles a la sociedad. -En cambio el anarquismo cuando, científicamente, lleve las riendas

del gran pueblo planetario, de todos los habitantes que habitan en la tierra, no castigará los crímenes, los evitará. -De ahí, concluye Clemens, que la ANARQUÍA sea la mejor forma gubernamental de la humanidad, que si es mala, es por los ricos que enseñan a los desheredados de la fortuna: sus vicios, y luego los castigan, por razón de que las leyes fueron legisladas por los burgueses para beneficio de los burgueses, mientras que dentro del anarquismo no existen ni ricos ni proletarios; a todos se trata igual y se mide con el mismo rasero”.

RESUMEN

El fin que perseguía en esta Primera Parte, de conformidad con la base general de este trabajo, fue demostrar que cinco mil años antes del año uno, hasta nuestros días, ha habido ANARQUÍA y hay pueblos que han vivido y viven felices en la ANARQUÍA, en Asia y América, mientras que constituidos los pueblos en gobiernos civiles, sólo una mínima parte de la humanidad es feliz y la otra, la mayor, desdichada.

También he demostrado que, durante este largo lapso de tiempo, siete mil años, ha habido y hay anarquistas, los que encontramos al igual que entre los políticos, entre los sectarios religiosos, de cualquier credo que sean.

Y también queda demostrado que el movimiento anárquico-socialista iniciado por Hillel y Jesucristo tuvo feliz término con Babeuf y Karl Marx.

De donde puede preverse, sin que se me tilde de utópico, que dentro de breves centurias menos que las catorce que transcurrieron del cristianismo consolidado a la aplicación colectiva del socialismo científico, la abolición del gobierno civil llegará, las Naciones desaparecerán, borrarán sus fronteras, no habrá ni ricos ni pobres y la gran familia humana encontrará la verdadera felicidad dentro del amor y el trabajo.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO I

LA PROPIEDAD ES UN ROBO

Es llegado el momento en que haga la presentación del anarquismo.

Para un profano, para el que no ha bebido en las fuentes de la sociología contemporánea, anarquismo es sinónimo de vandalismo.

Un anarquista es, pues, un asesino, un ladrón, un facineroso, en fin.

Culpa de esta falsa interpretación del vocablo se debe a los periódicos, quienes pudibundos servidores del gobierno civil, presentan al anarquista, invariablemente, en “pose” de bandolero.

He aquí una definición de Kropotkin:

“El anarquismo es el anhelo por abolir los gobiernos a fin de que la libertad, la igualdad y la fraternidad, no sean por más tiempo vanas palabras, sino vivientes realidades”.

Y una definición de Clemens:

“Toda idea que tiende al mejoramiento de la república, teniendo por base la abolición del gobierno civil, eso es anarquismo”.

Otra, más precisa, de Ferrer Guardia:

“El anarquismo es una doctrina que pretende hacer lo que las revoluciones políticas de todos los tiempos han olvidado: reconstruir la sociedad por la forma de la igualdad, suprimiendo al efecto la desigualdad de las riquezas. -Todos los gobiernos son burgueses (esto es, ricos), luego hay que abolirlos”.

¿Qué diferencia entre estos pensamientos y los de los gacetilleros gubernamentales!

Desde que el anarquismo, antes trashumante, miserable, proscrito, tuvo por “leaders” príncipes de las noblezas rusas e Italia y los cerebros más equilibrados del antiguo y viejo mundo le dieron forma científica, se trocó el nombre de anarquista por el de libertario, vocablo que produce menos escalofríos a los tímidos burgueses.

Y sentado que el anarquismo o libertarismo, pretende destruir la riqueza personal y el gobierno civil, explicaré las razones que le asisten para ello.

Desde San Juan Bautista hasta Juan Jacobo Rousseau, son innúmeros los nihilistas de todos los tiempos y de todas las naciones que han asentado esta afirmación.

“La propiedad es un robo”.

¿Por qué?

Para explicarla mejor la dividiré en dos preposiciones:

1TM La propiedad agrícola.

2TM La propiedad industrial.

La madre tierra es común: ella no fructifica para el pobre o solamente para el rico, sino para todos; ¿entonces por qué ha de tener dueños?

Y luego ¿cómo se ha creado esa propiedad? Un hombre cercó un terreno y dijo: esto es mío; y más fuerte o más audaz que los otros, nadie se lo disputó.

O bien tomó a salario a uno o varios hombres, los hizo trabajar en su provecho, porque les pagó solo una parte de lo que producían, y el resto, que capitalizó, le sirvió para adquirir un terreno.

Esta propiedad es, pues, a todas luces un robo: que, o fue cometido por la fuerza bruta, o por la explotación de los ganapanes.

En una u otra forma, a todas luces es un hurto.

En el capital industrial ocurrió el hecho más simplificado.

Esta propiedad no se hizo por la fuerza bruta, sino por la explotación del hombre por el hombre.

El patrón llamó a uno o varios obreros, les pagó una parte de lo que le producían y con esto adquirió riquezas que luego convirtió en máquinas, las que vinieron a producirle mayor producto en cambio de hacer bajar los jornales.

Y si la propiedad, agrícola o industrial, ha sido producto de un robo ¿por qué no provocar una revolución o una evolución, no política, sino más honda, más vigorosa que aquéllas, la que hará, que dice Mermeix: “arrancar de cuajo la raigambre social, haciendo volar en débiles astillas el grueso tronco de la propiedad privada, cuya perniciosa influencia es causa generatriz de las miserias humanas”.

Pero, como mientras existan gobiernos civiles la sociedad no podrá ser aniquilada en su forma actual, para constituirla bajo la base de la riqueza comunal, colectiva, por concomitancia inmediata encontraremos la imprescindible necesidad de abolir los gobiernos civiles.

Muchas revoluciones ha habido, lo mismo en Europa que en América, que llevan por fundamento ideales anárquicos; pero como los revolucionarios en cuanto triunfan se aburguesan, que dice Kropotkin en su estudio “Un Siglo de Espera”, resulta que, mientras la revolución que se haga no sea la social, iniciada, dirigida y terminada por “leaders” radicalmente anarquistas, lo único que se hará con las revoluciones será cambiar de amo; pero la sociedad permanecerá como hasta hoy, intangible en todas sus formas, instituciones y fines.

Ahora bien ¿llegará algún día esa revolución social, ingente, formidable, trastornadora en una de las tres bases fundamentales de la sociedad actual: la propiedad, el gobierno civil y el comercio?

Hace dos mil años se empezó a predicar.

Nada en el planeta ha tardado tiempo tanto en prepararse y efectuarse.

Con el autor de “El Apoyo Mutuo”, creo que el día está bien cercano.

La filosofía de la historia nos ordena creerlo así.

CAPÍTULO II

LOS PROLETARIADOS CITADINO Y CAMPESINO

El hecho de que la propiedad sea un robo y el gobierno sostenga a la sociedad en la forma que la conocemos desde niño ¿son razones bastantes para intentar esta revolución sin precedente?

Seguramente; pero hay otros motivos de humanitarismo, tan hondos y vigorosos como aquéllos.

Ellos son la explotación de que son víctimas los de abajo; el desequilibrio que existe entre los que viven en la holganza y los que mueren de hambre; entre los que podridos en oro dirigen la cosa pública y los infelices que del cuartel van al matadero para defender dos absurdos: la propiedad y el gobierno civil.

En efecto, en los talleres vemos la expoliación diaria por el capital.

Vemos al obrero mugroso, harapiento, con el estómago vacío, produciendo un valor del cual viene a recibir la quinta o décima parte en pago.

El producto colectivo de ellos servirá al amo para tener queridas, gastar automóvil y deshonrar a las hijas de sus trabajadores; pero en cambio éstos darán de mal comer y vestir a su familia; cuando caigan enfermos no tendrá ni médico ni medicinas, y una vez desaparecidos del planeta la viuda vivirá la más miserable vida, sus hijas se prostituirán al patrón que explotó a su padre en vida, y sus hijos irán a enriquecer al amo, servirán de carnaza de cañón en el Ejército o irán al presidio por haber hurtado o matado al ladrón rico que ha cometido con sus maestros y con él el cotidiano, robo legal.

Y ojalá a los obreros como al proletariado campesino, que hace germinar la tierra para beneficio del amo y mal comer él, los explotaron solo los patrones.

La sociedad actual, cuenta con el más asqueroso de los zánganos: el comerciante.

Este sin el menor esfuerzo, con el dinero que explotando al obrero o por herencia se ha enriquecido, sin el menor esfuerzo físico por servir de simple terciador entre el productor y el obrero, venderá a éste la mercancía a un costo superior al real, y diferencia que jamás aprovechará a la abeja, el trabajador, ni al fabricante, sino exclusivamente al zángano social.

¿Y el gobierno? Este, sostenedor a todo trance del capital, no sólo le explotará con sus contribuciones, sino que llegará hasta al homicidio: le exigirá la vida en aras del burgués.

En la Tierra sólo se registran dos clases de guerras: las políticas, en que el más vivo manda al matadero al más tonto, tras artificiosas engañifas; y las industriales, como la espantosa contienda europea de 1916.

Mientras los gobernantes dirigen la campaña sin el menor peligro desde su gabinete, y el capital proporciona los elementos para el sostenimiento de los combates diarios, el infeliz obrero, el desheredado, por el gobierno que lo asesina y el capitalista que lo explota, agoniza en la trinchera o en el asalto, mientras una madre muere de angustia, una viuda de desesperación y unos pequeñines de hambre.

Y tras tanto cuadro de sangre, de miseria, de desolación, aún hay economistas que como Colbert, declaran la sociedad actual es justa, porque es milenaria, así está bien y es y debe ser intangible.

Pero esto no me extraña que lo digan los aburguesados.

Lo raro es que lo repitan tantos infelices pobretes que pululan por el mundo.

Pero realmente no tienen ellos la culpa: la tiene la sangre de borrego que llevan en las venas.

CAPÍTULO III

LOS EUNUCOS DE LA HUMANIDAD

Pero aquel cuadro grotesco, de hambre, de miseria, de desolación, cambia completamente ante el que presenta el burgués, el ejército, los sacerdotes y los burócratas, zánganos sin distinción.

Aquél se antoja un claro oscuro de Rembrandt, éste por su brillante colorido se cree de la escuela veneciana del Tiziano o la flamenca de Rubens.

Y he aquí un cuadro que pertenece a la escuela moderna francesa; es de Mermeix:

«Frente al proletario condenado, por imposición de la necesidad a un trabajo cuyas condiciones le impide discutir el hambre; frente al asalariado viviendo en perpetua dependencia, sin tener asegurado el mañana y con la amenaza de una vejez angustiosa, los socialistas colocan al burgués, al capitalista”.

“El burgués, el capitalista, no tiene necesidad de alquilarse para ganar un salario, porque posee riqueza propia. -Su riqueza puede existir en estado pasivo y en estado activo, y según sea activa o pasiva, conserva el nombre de riqueza o adquiere el de capital, y su poseedor es burgués o capitalista”.

“Un hombre que posee un millón y le deja en depósito en un Banco o le coloca en rentas del Estado, es un hombre opulento. -Gastando parte del capital, o conformándose solo con gastar las rentas, puede procurarse muchos goces. -Para los socialistas, este rico es algo así como un animal en cebadero, un parásito del cuerpo social, un inútil, un burgués, por decirlo así, cuya riqueza holgazana cesa de aumentar, cuya maleficencia es atenuada por la pereza”».

Acercándose al medio social de ese millonario, aparecen pequeños ahorrativos, campesinos, tenderos, criados, obreros mismos que, teniendo economías por algunos cientos de francos, los dejan dormir en el fondo de la gaveta o en la Caja de Ahorros. Su riqueza es pequeña, insignificante; pero es riqueza. -Ciertamente es que ellos no llegan a la categoría de burgueses, puesto que no poseen lo suficiente para vivir sin el salario, y por consiguiente el trabajo les es condición necesaria para subsistir. Pero es también cierto que, por la posesión de lo ahorrado, están en camino de traspasar el campo de la burguesía. -Su riqueza, poco perceptible; tiene no obstante un rasgo común con la opulencia del millonario burgués, el “estancamiento”, que hace que no contribuya en nada a la producción por el hecho de no ser directamente explotadora.

De ahí se deduce: que siendo una ley inexorable humana el trabajo, como lo demuestra el reino animal en sus mil variedades, los burgueses, los capitalistas, son unos zánganos que viven a costillas de los de abajo, que son los únicos que producen valor.

Y a los eunucos de la humanidad debemos agregar los pequeños propietarios, los pequeños comerciantes las “huchas” del empleado, profesionista y obrero, que “estancado” una suma, corta o grande, tampoco produce, como debiera.

En la sociedad el desequilibrio es ingente, ariético: mientras cien tienen que comer abundantemente, quinientos apenas viven y un millón se ven en la miseria más absoluta.

¿Por qué?

Por dos razones: por eunucos de la humanidad, los burgueses, los ricos, que, o no trabajan y viven de sus rentas, o trabajan; pero explotando al obrero, aprovechándose de la mayor parte del valor que él crea. -(No olvidar que solo el trabajo produce valor, no el dinero).

La segunda razón consiste en la capitalización en pequeña o grande escala; en esas sumas que en el baúl o en el Banco de Ahorros no producen un céntimo.

Ahora bien: hagamos que todos trabajen, es decir, que no haya zánganos; hagamos que todo el dinero que se produzca esté en constante producción, es decir que no exista el ahorro, y entonces la madre tierra dará suficiente para que vivan cómodamente, diez de cada millar, sino todos sin excepción.

Socialicemos los medios a la producción.

O más claramente: substituyamos la explotación del hombre por el hombre, por la explotación a las cosas en provecho de todos los humanos.

Y entonces no habrá pobres ni ricos.

Todos seremos lo que la Naturaleza nos hizo: iguales.

TERCERA PARTE

CAPÍTULO I

LA ACCIÓN DIRECTA

Karl Marx, que resumió la doctrina socialista en esta preposición: “Abolición de la propiedad individual”, dice en “El Capital”: “la redención del pueblo obrero debe ser obra de él mismo”.

No debe esperar nada de la munificencia del capitalista, hipócrita y avaro por excelencia, ni tampoco de los gobiernos, porque éstos están en manos de burgueses que poseen y procuran conservar sus grandes bienes.

La obra actual de socialistas (libertarios moderados, ya he dicho), y anarquistas, debe converger a tiranizar al capital por cuantos medios a su alcance estén.

Ya en **Sabia Roja** expliqué cuáles son esos medios, a los que en jerga anárquica se llama: la acción directa, es decir, la acción obrera sin permitir la intromisión del gobierno, ni aún para servir de tercería árbitra.

El trabajo ímprobo llevado a cabo en la última media centuria, ha sido la sindicalización de las masas proletarias, ciudadinas y campesinas, lo que da por prácticos e inmediatos resultados la disciplina de partido, el mejoramiento económico de los obreros y la facilidad para tiranizar al capital con los paros, sabotaje, boicotaje, label, etc.

Hoy que el libertarismo ha pasado de trashumante a clase directora, fortalecida con sus sindicatos de resistencia al capital, su partido político formidable y sus representantes en las Cámaras, su acción directa, según cada país, debe sujetarse a las indicaciones que Marx y Friederich Engel hacen en su Manifiesto Comunista lanzado al pueblo internacional obrero en Londres, el año de 1872.

- 1f Expropiación de la propiedad de las tierras y confiscación de la renta en provecho del Estado;
- 2f Impuesto fuertemente progresivo;
- 3f Abolición de la herencia;
- 4f Confiscación de la propiedad de todos los emigrantes y rebeldes;
- 5f Centralización del Crédito, en manos del Estado, por medio de un Banco Nacional con monopolio exclusivo;
- 6f Centralización, en manos del Estado, de todos los medios de transporte;
- 7f Aumento de las fábricas nacionales y de los instrumentos de producción por parte del Estado; preparación de las tierras incultas y mejoramiento de las tierras en cultivo conforme a un sistema general;

- 8f Trabajo obligatorio para todos; organización de ejércitos industriales, especialmente para el desarrollo de la agricultura;
- 9f Combinación del trabajo agrícola e industrial, y adopción de medidas encaminadas a la fusión gradual de la ciudad y el campo;
- 10f Educación pública gratuita para todos los niños; supresión del trabajo de los mismos en las fábricas, tal como hoy se practica; combinación de la inacción con la producción material, etc., etc.

«Una vez extinguida la lucha de clases y concentrada toda la producción en manos de los individuos asociados, el poder público perderá su carácter político. Propiamente hablando, el Poder Político es la organización del poder por una clase con el objeto de oprimir a la otra. -Si el proletariado, al fin, se constituye y erige por medio de una revolución en clase directora, y como tal destruye violentamente los antiguos medios de producción, destruirá al mismo tiempo las condiciones que provocan el antagonismo de clases, demoliéndolas todas y estableciendo su predominio como elemento directivo».

“En lugar de la antigua sociedad burguesa con sus clases y antagonismos, surgirá una asociación en la que el libre desenvolvimiento de cada uno será condición del libre desenvolvimiento de todos”».

Pero volvamos al sindicato. -Esto, dice un anarquista célebre, -es la célula primitiva del cuerpo de la revolución social, y el deber de todo buen ciudadano consiste en afiliarse al gremio a que pertenece.

Y los libertarios, agrega la obra de Mermeix, juzgan que: “Todos los políticos clericales, radicales y aún socialistas, son explotadores de la sinceridad popular. -Como obreros que somos no debemos contar sino con nosotros mismos. -Alejemos a todos los políticos porque nada tenemos que hacer con ellos. Los sindicatos obreros no deben afiliarse a ningún partido político, sea cual sea, pues inscribirse a cualquiera de ellos es como echarse un amo. -Los trabajadores deben ser sus propios amos. Los partidos políticos, incluso los socialistas, pretenden que necesitamos de ellos: no lo crean, la acción política y la parlamentaria son estériles; lo único eficaz es la acción directa del pueblo”.

Ahora bien, ¿qué es la acción directa?, preguntará el neófilo lector.

He aquí cómo nos la explicará el autor del libro “El Socialismo”:

«Es la presión por medio de la amenaza o de la violencia ejercida con los particulares o con los Poderes públicos. En todo tiempo ha ejercido el proletariado esta acción las antiguas asonadas de los parisienses contra sus reyes eran la acción directa que los gobiernos reprimían a tiros y sentencias condenatorias. Lo que distingue esta acción directa espontánea y armada de antes, de la acción directa organizada y solamente tumultuosa de hoy, es que a ésta no la reprime nadie y que ante ella se inclina la autoridad”.

En diciembre de 1903 el Senado no se mostraba muy dispuesto a votar una ley suprimiendo las Agencias de colocaciones para peluqueros y empleados de ultramarinos. Las Confederación General del Trabajo organizó cien mítines en toda Francia. Grupos de amotinados apedrearon las casas de los agentes de colocaciones, y la Bolsa del Trabajo de París se entregó a tales violencias, que el Presidente de policía se vio obligado a hacer que sus agentes penetraran en el interior del edificio. -Los revoltosos, nada intimidados, anunciaron que el conflicto iría agravándose cada vez más hasta conseguir que se votará la ley. -El gobierno y el Senado tuvieron miedo y la Ley fue votada”».

¿Se quiere éxito más grande?

La fuerza del sindicalismo coadyuvado por la acción directa es inmensa, ingente, ariética.

Y ella llevada progresivamente, cada vez más activa y enérgica, acercará el día de la “catástrofe”, que diría Karl Marx.

CAPÍTULO II

LA REVOLUCIÓN SOCIAL

Ahora bien, supongamos que la engusanada raigambre de esta caduca sociedad está ya para desprenderse del panino social que le ha servido de lecho por miles de años, ¿cuál será la última sacudida, el postrer esfuerzo que habrá de hacer para constituir un nuevo Estado, una nueva sociedad enteramente distintos del Estado y sociedad que conocemos?

Se antojan cuatro proposiciones:

¿Imitando al que se dejó decapitar por sugestión, la sociedad achacosa y debilitada por el ariete anarquista, se declarará vencida por persuasión?

¿Habrá que recurrir a una violenta acción?

¿La zapa perenne del anarquismo la hará morir por inanición?

¿Sus propias fuerzas la extinguirán?

Creo con Kropotkin que ninguna de ellas será la que nos dé el éxito final.

La última fase será una lucha cuerpo a cuerpo.

Pero si hoy la sociedad es Goliat y David el libertarismo, mañana la pigmea será ella y el cíclope fornido los libertarios de hoy.

Convengamos en que difícilmente se dará una nueva noche de agosto 4 de 1879, en que los nobles bondadosamente renunciaron a sus derechos de feudatarios en favor del pueblo.

Añosa y carcomida la burguesía querrá defender sus tierras, sus capitales, y el proletariado, en el campo de la lucha, le arrebatará los robos por siglos y siglos a él cometidos.

Ciertamente que la ANARQUÍA científica ante la humanidad simboliza el derecho; pero el derecho, sin armas, siempre es derrotado.

Habrá, pues, que hacerlas contra el burgués para hacer respetar de él ese derecho.

Y entonces que gobierno constituirá al político ¿la dictadura del pueblo?

Indudablemente no, porque todos los gobiernos son malos, aun los más demócratas, porque todos ellos son y representan la burguesía.

«El objeto final de una revolución de la clase media -dice el autor de “El Gobierno Revolucionario”- es derribar un gobierno»

“Para nosotros derribar un gobierno es sólo el comienzo de la revolución social”.

“Una vez sin timón el mecanismo del Estado, desorganizada la jerarquía burocrática que lo sostiene y derrotado el ejército de los defensores del capital, es cuando nosotros debemos llevar a cabo la gran obra de destruir las instituciones que perpetúan la esclavitud política y económica”.

“De este modo se adquiere la posibilidad de obrar, de actuar libremente”.

“¿Qué deben hacer los revolucionarios?”

“A esta cuestión nosotros nos limitamos a responder: no más gobiernos; lo que debemos realizar es el principio anarquista”».

En efecto, la alteración que en el mundo producirá la abolición de la propiedad será tan grande, tan profundo, que aun el gobierno revolucionario más bien intencionado no podría elaborar las formas sociales del porvenir.

De ahí que tal elaboración será exclusiva obra del pueblo en general, no de uno o varios individuos, aún los más radicales y equilibrados que fueran.

Y como gobierno y revolución son voces antagónicas, se deduce “que nada bueno y duradero se puede hacer como sea por la libre iniciativa del pueblo, que toda autoridad tiende a destruirla”.

Así, pues, para los que confiamos en que el triunfo de la revolución está cercano, en que se aproxima el día en que el pueblo habrá de apropiarse de toda la riqueza social, debemos estar preparados para imponernos a los que quieran constituir un gobierno revolucionario, recordándoles la célebre frase de Blanqui, dicha poco antes de morir:

-¡Ni Dios, ni amo!

CUARTA PARTE

CAPÍTULO I

EL ESTADO AGRICULTOR, INDUSTRIAL, COMERCIAL Y BANQUERO

Supongamos -dirá el lector-, que la revolución ha triunfado, pacíficamente o con las armas, ¿qué sistema gubernamental y social vendrá a sustituir al gobierno y a la sociedad civiles?
Helo aquí.

Más práctico y razonable no puede ser.

Las naciones, tal como hoy las distinguimos, señaladas por fronteras, dejarán de existir.

En el planeta habrá una sola familia, un solo país, dividido en tantas regiones como Continentes conocemos, y éstos a su vez subdivididos en tantos Municipios como países hoy registran, prefiriéndose en determinados casos una subdivisión netamente etnográfica.

Cada Continente tendrá dos representaciones: una local formada por la Junta Social que elijan sus habitantes y que residirá en una en una Metrópoli situada en el centro del Continente, y otra que lo representará en la Gran Metrópoli, urbe principal de la Tierra.

Los Municipios a su vez tendrán su Consejo Social, el cual llenará especialmente, estas tres funciones: dirigir la producción industrial, la producción agrícola y el reparto o distribución de ellas.

Estos Consejos Municipales, por su Departamento de estadística, conocerán oportunamente las necesidades locales de artículos de consumo, de vestir, de adorno y de orden público, encargando así lo necesario a las fincas de campo y fábricas, a los departamentos técnicos o a las regiones que los produzcan.

En los almacenes del Estado, el reparto se hará contra bonos de trabajo.

Porque entonces el signo comercial, el dinero, no existirá; éste se hallará solamente en las arcas del Estado, y no tendrá fin práctico alguno puesto que con él no podrá adquirirse nada, sirviendo sólo en la industria.

Los intelectuales en los Departamentos técnicos del Estado, fábricas y minas, los hombres rudos en las fábricas o campos, percibirán por cada hora de trabajo determinada cantidad de bonos.

Con estos bonos comprarán cuanto necesiten, harán viajes y lo mismo servirán en América, que en Australia o en Europa.

Los Consejos estarán formados por intelectuales y obreros, y recibirán sus haberes, lo necesario para vivir, en bonos, de modo que no podrán labrarse una fortuna, y no existiendo la ambición del dinero, durante el período que sean directores de la cosa pública, uno o dos años, no podrán ser ni buenos ni malos; justos solamente.

La sociedad no considerará en la familia más que a padres, hijos, hermanos, los que de aquéllos heredarán tan solo los vestidos y bienes muebles; más jamás una casa ni una finca, desde el momento en que la propiedad individual no existirá, sólo la comunal.

E intelectuales y obreros podrán llevar una vida más cómoda, según que trabajen más o menos horas, y con más o menos inteligencia y habilidad, dependiendo de la lucidez cerebral y de la laboriosidad el ganar mayor número de bonos al día.

En esta sociedad, pues, en que no habrá zánganos, los ricos, el ejército, los sacerdotes, ni vampiros, los comerciantes, usureros y banqueros, la originalidad será cero, ya que los factores que la producen: ambición de riqueza, envidia de mando, la reglamentación del amor, el deseo de entrar cuanto antes en la posesión de una herencia, etc., no existirán.

Y los raros casos de delincuencia se castigarán no en cárceles, sino en colonias penales donde la libertad no se perderá; pero el detenido habrá de aplicar sus bonos no a sí sino para el fondo dedicado a la urbanización y obra pública.

Así, la humanidad, que no morirá de hambre, que no vestirá andrajos, que no sufrirá persecuciones de gobierno, que la fiscalizara la policía, que no tendrá ambiciones egoístas, vivirá tranquila, apacible, dulcemente, dentro de un Estado cuya divisa será: trabajo y amor.

El taller, la escuela o la oficina técnica durante ocho horas, y el resto para el descanso y entregarse a los placeres de la ley humana; Venus con sus ojos cual estrellas, labios rojos y estatuario cuerpo, y el hombre templado en la actividad del trabajo diario, generatriz de generaciones sanas física y moralmente.

CAPÍTULO II

EL AMOR LIBRE

Con la nueva sociedad desaparecerán todos esos absurdos que conocemos con el nombre de convivencias sociales.

El matrimonio civil o religioso, dejará de existir, y la unión de macho y hembra será sancionado tan sólo por el amor que se inspiren.

Así, pues, todas esas miserias conyugales, engendro de tanto hastío y crímenes de que nos habla Balzac, no tendrán ya razón de ser.

La mujer tendrá tantos derechos como el hombre; su esclavitud ancestral habrá tocado a su fin.

Y el hombre como la mujer podrán elegir y disputarse al compañero mientras no se hastíen y convengan en separarse.

Esos raros casos de civilización que hoy vemos, en que un hombre ofrece a su amigo del alma, por una noche a la querida que posee y que gusta a su camarada, será cosa bien común y corriente.

Y los casos de una estocada o un balazo por una mujer, tan comunes hoy en día, serán cosas bien raras.

Con la nueva sociedad, desaparecerá esa aberración que se llama pudor.

Que no es más que una hipocresía de esta absurda, pseudo civilización -los hijos de Sedán, en África, a quienes llamamos salvajes no conocen el pudor-, no existirá ni en la humanidad, ni en sus actos ni en el léxico.

Convengamos en que el pudor es un falso sentido.

En el progreso humano, por mucho libertarios, se registra mayor número de conservadores.

Si la pedantería obstruccionista no fuera un dique al ideal evolutivo, las diversas razas de la Tierra habrían llegado ya el sumum de la perfección.

Pero no está lejano el día en que la confraternidad internacional predicada por los anarquistas y socialistas, hagan su arribo.

Para ello habrá que pasar sobre los cadáveres de muchos mediocres: los obstruccionistas.

Y uno de los defectos humanos que habrá que combatir, hasta su exterminación, es un torpe sentido que existe en todos los hipócritas: el falso pudor.

El pudor existe en diversas formas: en el vestido, en el léxico, en el espectáculo, en política, en sociedad.

Ayer nuestros ancestros se asustaban con el vocablo preciso para expresar una idea perfectamente racional y humana.

Vino un día Voltaire, Voltaire el “cínico” (que le motejaron los mediocres), y en la literatura filosófica hizo una verdadera revolución.

Aparecieron más tarde los Goncourt, y crearon lo que hoy conocemos bajo el nombre de escuela realista.

Zolá fue el sol de aquella maravillosa escuela de la naturaleza, y desde que el mejor de sus libros describiera en lenguaje preciso, justo, el acto carnal humano y de la bestia, nadie se admira de que, en multiformes maneras, lo repitan los publicistas de hoy.

Trigo, Farrère, Dyck, Díaz Ruiz, toda la ilustre pléyade de escritores civilizados, escriben la realidad, no la engañosa ficción que privaba en la época del ingenio manchego.

Ha un año que en el cerebro del mundo, en París, una descendiente del célebre autor “¿Hombre o Hembra?”, Judit Gautier, de la decadente nobleza francesa, dio una conferencia en su elegante palacete del “foubourg” de San Germán. La bella condesita apareció, en un ángulo del “hall” donde se hallaban congregados artistas, periodistas, literatos, políticos, duques y marqueses, todo el mundo “comme il faut” de París, completamente desnuda, y en varias artísticas, clásicas “poses”.

Después, cubierto su maravilloso cuerpo con débil velo, sirvió el “thé” a sus invitados, y seguidamente desarrolló una conferencia este tema: “El falso sentido del pudor”.

La condesita Gautier, heredera de los talentos novelistas de su padre, estuvo muy feliz en su conferencia, fue repetidas veces interrumpida con aplausos, y los periódicos dedicaron sendos editoriales a la rara tesis desarrollada por la descendiente del gran Teófilo.

Y todos los diarios parisinos de gran circulación, menos los órganos clericales, estuvieron contextes: en que la mujer que se horroriza de la desnudez femenina, es porque tiene defectos físicos que ocultar; y todo aquél que no gusta del léxico claro, preciso, justo, para describir los actos más elementales de la vida, es sólo un redomado farsante.

En la Metrópoli del orbe civilizado existe, vis a vis del “Molin Rouge” un prostíbulo contra natura denominado “Le Palmier”.

Y los mediocres que critican, si allá fueran, harían lo que cierto Ministro católico español hizo inmediatamente después de su arribo a París: ir a visitarlo. Pero desfigurada la faz con barbas y peluca postizas.

Muchos civilizados, en cambio, no harían eso; y de ir lo harían a cara descubierta.

Porque no son hipócritas.

Y cuando el anarquismo triunfe habrá solo franqueza.

Y los mitos olímpicos mirarán envidiosos a la humanidad.

El hombre trabajo.

Y el hombre amor.

Pero no el amor brutal de Mesalina, que exclamaba ante la zahorí:

-¡Amar... Morir! ¡Que hermoso esperar la muerte a mitad del espasmo! Primero la caricia de los besos, luego la púrpura de la sangre que envuelve el cuerpo en suave laxitud...

No; ideal.

El amor que sólo sienten los artistas y los superhombres.

Que formarán la raza del futuro.

CAPÍTULO III

NI FAMILIAS, NI FRONTERAS, NI EJÉRCITO

Desaparecidas las herencias, ya que todo mundo será acomodado; pero no rico, por consecuencia lógica desaparecerán los parentescos colaterales.

Con el amor libre no tendremos más esos odiosos parientes que se llaman papás suegros, cuñados, concuños, y yernos, y parentescos que sólo sirven para acibarrar la vida de los casados.

Los consanguíneos quedarán reducidos a padres, hijos y hermanos, y de este modo toda la pantomima social de la parentela, como todo lo absurdo, habrá al fin desaparecido del planeta.

El amor unirá al macho y a la hembra, y el hastío, si llega, los separará.

Y estos tristes dramas de la vida real que nos cuenta Zolá y Zamacois y Trigo y Blasco Ibáñez, consecuencia de los matrimonios convencionales, o del antagonismo de caracteres, no se repetirán más.

Las guerras civiles, que asesinan hermanos y acarrear la ruina del país y en ocasiones sirven hasta para perder su autonomía las Naciones, no tendrán razón de ser.

La experiencia de cien o más siglos habrá demostrado que la sociedad dividida en clases y todos los gobiernos, sea cualquiera su forma, son malos.

Y con tan triste experiencia nadie querrá perturbar la paz y tranquilidad públicas con una asonada, que sólo traería la rehabilitación de los burgueses en la propiedad y en el gobierno.

La gente vivirá feliz, porque sus medios de subsistencia serán abundantes.

Los Presupuestos de Ingresos (robo al pueblo), suman millones de pesos, y sin embargo ¡no son ni un insignificante aproximativo de lo que los burgueses roban anualmente a la sociedad!

Ahora bien, si a los salarios de hoy aumentamos el robo por contribuciones y hurto de los burgueses, ¿a cuanto quedará aumentado el jornal?

Engel lo dice en su estadística (y la estadística no miente), en un veinticinco por ciento, o lo que es lo mismo, que el jornalero que hoy percibe un peso, el día que sean abolidos sociedad y gobiernos civiles recibirá veinticinco.

Y el técnico que hoy gana cinco pesos, entonces percibirá 125 ¡una bonita suma para vivir y tomarse un mes de vacaciones al año en cualquier región del planeta!

Las guerras internacionales, provocadas por el imperialismo y la industria, no tendrán razón de ser, porque no habiendo fronteras, Aduanas, protecciones arancelarias, el motivo dejará de serlo, y la paz armada una aberración que mucho hará reír a nuestros pósteres.

Y si no habremos de tener guerras, para nada necesitaremos a esos holgazanes que se llaman soldados, que chupan al pueblo y que, mandados a matarse por los burócratas o los industriales, dejan millares de ancianos a morir de hambre, y millares de niños que al cabo del tiempo son indispensables huéspedes de los Hospitales y de las Penitenciarías.

CAPÍTULO IV

LA RELIGIÓN DEL PORVENIR

Y aquí ocurre preguntar ¿y la religión del porvenir?

¿Y ese mito sin el cual no han podido jamás vivir desde los pueblos más bárbaros hasta los más pseudo cultos?

¿Y ese anhelo espiritual por el que suspira lo mismo el sabista etiope que adora al Sol, que el Musulmán que encomienda todos sus actos a Mahoma y el católico que ama a Cristo?

Los pósteres, los civilizados seres del planeta ¿en qué creerán?

¿Será en la científica religión cosmogónica de que nos habla Flamarión?

¿En la transmigración de las almas?

¿Serán ateos?

¿Todos iconoclastas?

La civilización para entonces habrá llegado al sumo grado, y por consecuencia inmediata los hombres habrán dejado de ser supersticiosos y mirarán la muerte sin la pena que hoy les causa.

Tendremos solo panteístas: sabrán hallar el todo en Dios, y a Dios en el todo.

Y este panteísmo se disolverá en una filosofía que tendrá por maestros a dos grandes filósofos de la antigüedad: Epicúreo y Zenón.

Los filósofos de la felicidad mundana y del estoicismo terreno, respectivamente.

La humanidad, para entonces, vivirá vida holgada, feliz, erótica, gastronómica y elegante.

Será la edad del “comfort”.

Como ayer fue la del hierro y hoy la llamada de las luces.

Y el sufrimiento y las adversidades (físicas o morales), se recibirán con la naturalidad con que llegaban para los romanos filiados a la escuela de los estoicos, que por maestro tuvo a Zenón.

Todos comprenderán que, formando parte del cosmos, a él tienen que volver.

Y esa resurrección, en una flor, en un pájaro, en las partículas de la cauda de un cometa o en las del fugaz bólido, harán que se espere la muerte, cuando se halla tramontado la edad viril, o en plena juventud, como Petronio la recibiera, rodeado de esclavas hermosas y en un baño perfumado, recitando versos.

Será la muerte de los artistas filósofos.

Que formarán la humanidad civilizada del porvenir.

CAPÍTULO V

LIBERTAD, IGUALDAD, FRATERNIDAD

Y a esa ley de lo incognoscible, a esa ley que dirige al Universo todo, a esa ley que dispone la génesis, desarrollo y tramonto, este Libro, Libro Verdad, Libro Materialista, no ha podido eludirse.

Toca a su fin.

El fin que espera a todo y a todos.

En el concierto de la evolución humana es un grano de arena; pero de origen granítico, duro e inflexible.

Marca una senda, materialista, pesimista porque es verdad.

Pero pequeño como es, en sí, su labor es gigantesca, porque se yergue orgulloso, indómito entre la santurronería de las beatas, los aspavientos de los burgueses y las anatematizaciones de los burócratas.

Agita, propone y ofrece una conclusión.

Una conclusión que tildada de locura, de desequilibrio mental por los más; para los menos será una realidad dentro de no muy largas décadas.

Y para entonces aquella divisa que llevó a la guerra contra burgueses a los descamisados de cuatro Naciones, será un hecho.

Y no se nos arguya que vendrá un nuevo Napoleón a avasallar a los descamisados del mañana para el servicio de sus antagónicos, los ricos y los gobiernistas.

El ejemplo de aquel aventurero, con letras de sangre está escrito en la historia del libertarismo.

Y ella recordará perennemente a los obreros, que el militarismo lleva a la dictadura y que ésta es la sostenedora de tiranos y burgueses.

“Un siglo de espera llevamos” dice Pedro Kropotkin, y ese lapso de tiempo, que ha necesitado como preparamiento esta revolución social, no sumará muchas décadas más.

El socialismo, avanzadas del anarquismo, ha triunfado en toda línea.

Viene ahora el momento de obrar para los libertarios.

Y no será su acción local, personalmente aislada, como los suicidas que matan a un Petroff, a un Zar de Rusia, vuelan un Palacio de Invierno o un Teatro de burgueses, en sus ansias de libertad y venganza.

No.

Será una acción colectiva lenta, pero firme y bien dirigida.

Y cuando el triunfo llegue, quedará roto por los descamisados de hoy el poder civil, como hace cien años los campesinos franceses, italianos y holandeses supieron romper el poder absoluto.

Y la famosa fórmula comunera de la revolución, no será vana como ahora.

Los hombres, en efecto, serán libres, iguales y se amarán fraternalmente.

Pero para obtener esto, acuérdense perennemente de la frase final del Manifiesto Comunista de Karl Marx y Friederich Engels:

¡Proletarios de todos los países, Únanse!

Fin.

Amigo Bustamante:

Con el gusto con que leo siempre lo de usted, acabo de leer las pruebas de su libro “El Anarquismo Científico”.

Y nadie más que usted merece el nombre de libertario por el amor que siente para los pobres, los perseguidos, las víctimas de los burgueses y las burocracias, y por el odio justo que le inspiran los poderosos con sus injusticias, bellaquerías y robos legales.

Su libro que apropiadamente debería llamarse “Manual del Anarquismo”, en español, es la obra que se ha escrito más sintética al par que clara y exacta de lo que son:

La Patria: Celestina de la cual los vividores se sirven como escabel para encumbrarse y hacer fortuna.

El Militarismo: masa de inconscientes, de holgazanes, sin voluntad ni personalidad, que vive a costillas de sus hermanos los proletarios y que sirve de instrumento dócil a gobiernos e industrialismo.

La Propiedad: hechura de ladrones.

Las Leyes: obra de los burgueses que invariablemente explotan a su favor.

El Clero (de cualquier religión): hermanos carnales de los zánganos de uniforme.

Los Presidios: mazmorras a donde la plutocracia, manda a sus víctimas: los infelices proletarios.

Le felicito amigo.

Sobre todo, porque “El Anarquismo Científico” desvanece este error creado por los periodistas burgueses: que anarquista es sinónimo de asesino, incendiario, vagabundo, amoral.

Y al mismo tiempo asesta usted un rudo golpe a esta sociedad caduca, llagada, formada en su mayoría por hipócritas, ladrones y flojos.

Ella está para derrumbarse, derruida por la demoledora piqueta libertaria.

Y el día que esta sociedad de degenerados desaparezca, ese día sublime en que podamos hallar cien hombres honrados que oponer a los cien delincuentes de Lombroso; usted estará con nosotros.

Pero antes lo está con su leal amigo.

Geo. Clarency.
(De la liga Internacional Libertaria. New York, Septiembre 30 de 1916”.

APÉNDICE

LA FÁCIL SOLUCIÓN DE LOS PROBLEMAS OBRERO Y AGRARIO EN LA REGIÓN MEXICANA

A raíz del triunfo del movimiento constitucionalista hemos podido observar la voluntad del Primer Jefe y demás “leaders” de aquella revolución, para solucionar los dos problemas que frente a sí tiene la República: el problema obrero y el problema agrario.

La prensa nos ha dado pormenorizada cuenta, de haber sido abolida por un Decreto la esclavitud en Yucatán, o sea haberse declarado nulas las “cuentas” que a los peones se llevaban en las Haciendas, de haberse

reglamentado las tiendas de raya, de haberse reducido las horas de trabajo y de haberse creado la tarifa de salarios mínimos, para los braceros peninsulares.

En otros Estados se ha hecho igual cosa, especialmente en San Luis Potosí, donde al Gobernador Provisional, General don Eulalio Gutiérrez, le bastó buena voluntad y una plumada para disminuir las horas de trabajo y crear una tarifa de salarios, estipulado el jornal mínimun en setenta y cinco centavos, de real y medio que era el tipo Standard de salario en las fincas de campo de la entidad potosina; más otros derechos de que en lo sucesivo los trabajadores gozarán en ese Estado.

Pero aun faltan otros más, de índole urgente, para dejar debidamente solucionados ambos problemas.

Y ya que el Gobierno Provisional Constitucional, rebose en los mejores deseos para solucionar estos problemas, lo indicado sería que por decreto expedido por el Ejecutivo de la Nación, se legislara lo siguiente:

- 1f. Devolución inmediata a los pueblos, de los ejidos y tomas de aguas que les hubieran sido robados o comprados por los terratenientes.
- 2f. Creación de ejidos a los pueblos que carezcan de ellos.
- 3f. Creación de dos clases de contribuciones, una mínima, para predios rústicos cultivados, y otra máxima para tierras incultas. (De esta manera se provocará el rápido fraccionamiento de los grandes latifundios, sin recurrir a la expropiación).
- 4f. Provocar, aparte de aquel medio, por otros más, el fraccionamiento de las grandes Haciendas, a fin de crear la pequeña propiedad, y con ella aumentar más que considerablemente la riqueza agrícola de nuestro suelo, a la fecha explotada en una millonésima parte a causa de hallarse el territorio en manos de avaros terratenientes.
- 5f. Protección decidida del estado a la fundación de Bancos agrícolas que faciliten el metálico necesario para las obras de irrigación necesarias, presas, canales, canalización de ciénagas y de ríos, perforación de pozos artesianos, y obras hoy en mantillas en virtud de que los terratenientes con sus enormes fincas de campo dejan al cielo que llueva cuando guste, pues con las cosechas de temporal que les dan los suficientes miles de pesos anuales para llevar vida de holganza en la Metrópoli o en el extranjero, les basta y sobra.
- 6f. Establecimiento en todo el país de la jornada de ocho horas.
- 7f. Descanso dominical obligatorio en Ciudades, villorrios y rancherías.
- 8f. Reglamentación del agrario.
- 9f. Reconocimiento al derecho de huelga, así en paros generales, como en parciales o continentales. (Tomen en consideración los obreros que mientras la huelga no esté reconocida como legal por el Estado la acción directa contra el capital, que aconsejan los sindicalistas franceses, será un mito).
- 10f. Creación de las tarifas de salarios mínimos, en toda la República, así para obreros como para braceros de campo.
- 11f. Reconocimiento, por el gobierno, de los derechos de boicotaje, sabotaje y label.
- 12f. Reglamentación de las veladas para obreros.

- 13f. Abolición de las veladas para obreras.
- 14f. Indemnización a los obreros en casos de inutilización de un miembro.
- 15f. Pensiones vitalicias a los trabajadores envejecidos en las fábricas, talleres y fincas de campo.
- 16f. Fundación del Ministerio de Agricultura y el Trabajo, y establecimiento en cada Capital de Estado de oficinas dependientes de aquél, y que se dominarán “Departamento del Trabajo”.
- 17f. Fundación, aún en los lugares más apartados de la República, de escuelas rudimentarias y agrícolas, bajo el sistema de enseñanza netamente racionalista. (La escuela del porvenir; la escuela que enseña al obrero a ser hombre, no maniquí del rico; la escuela que sacando de quicio a los burócratas y clericanallas españoles, terminó con el asesinato oficial, en los fosos de Montjuich, del mártir socialista Ferrer Guardia).
- 18f. Reglamentación de la herencia, a fin de que la riqueza acumulada durante su vida por un hombre, en parte pase a sus descendientes, y el resto vuelva a donde salió: la comunidad, el pueblo trabajador que con sus brazos hizo la de un hombre de talento, o simplemente la de un ciudadano con suerte, al privilegiado plutócrata egoísta.

Lo anteriormente expuesto, como podrá observarse, es viable práctico, y vendría a solucionar los puntos esenciales de ambos problemas, agrario y obrero, dejando los conexos, para que lo estudien debidamente las Cámaras bajo la iniciativa de los representantes socialistas que, en el Congreso y Senado, después de las próximas elecciones deben procurar tener los socialistas en gran número.